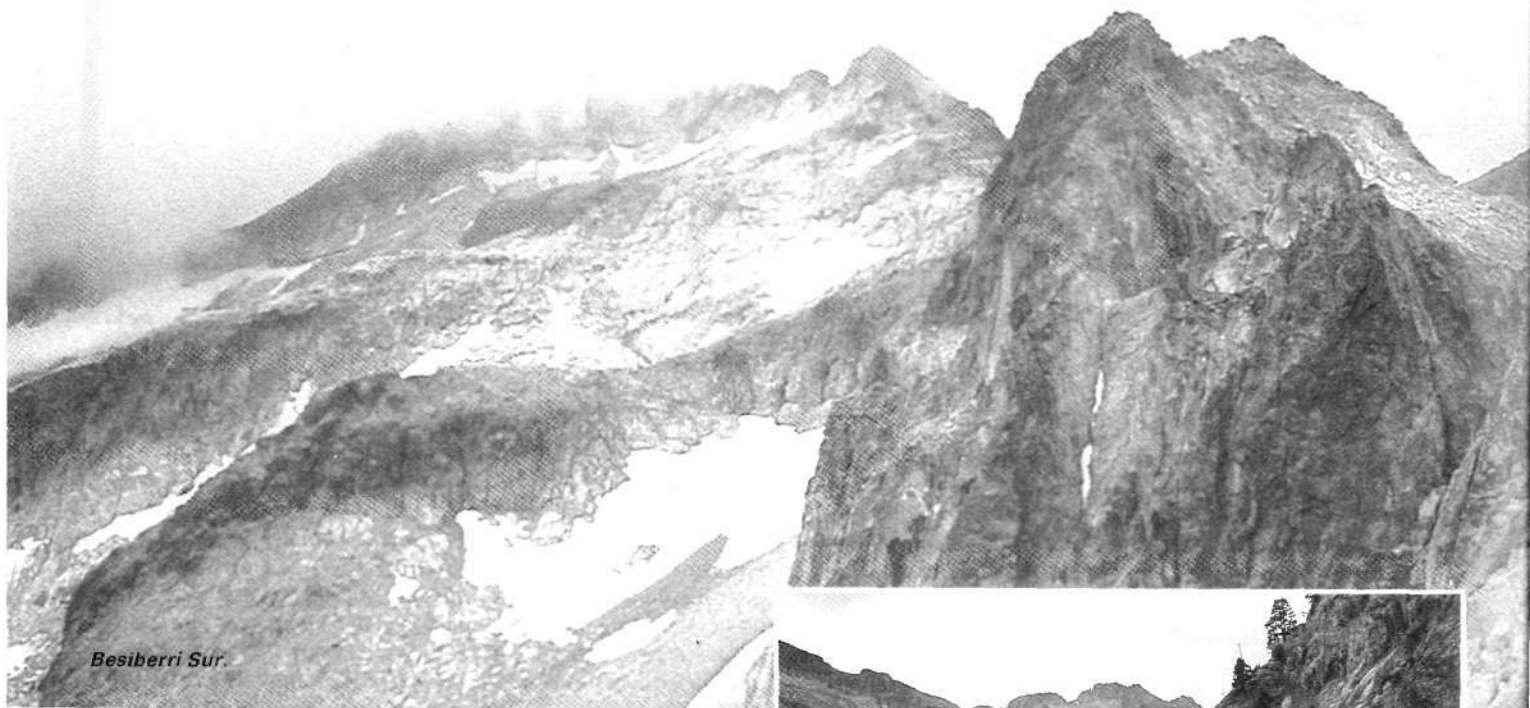


Este artículo se lo dedico a José Vargas, el pastor, y a la pareja de recién casados que tanto bien nos hicieron.



TORMENTA EN LOS BESIBERRI

Lourdes Domínguez

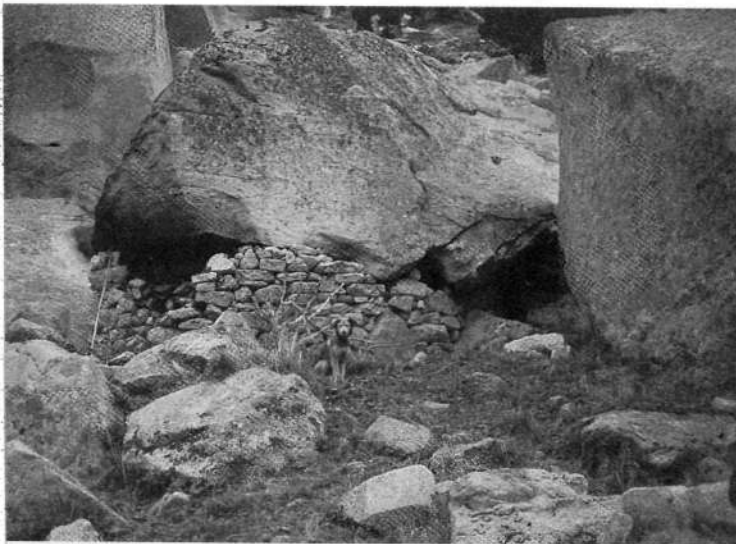
Hoy les he visto llegar. Parecían casados. Andaban con torpeza cuando han salido del coche. No se cómo lo habrán hecho. Se marcharon por el monte y han vuelto por la carretera. Les acompañaba una pareja, los que habían traído el coche. Han hablado un poco, han salido a mirar el lago y luego se han despedido dándose la mano.

Me pica enormemente la curiosidad por saber dónde demonios han estado pasando la noche. Les esperé durante toda la tarde, luego llegó el anochecer y no dieron señales de vida. Tuve miedo, mucho miedo por la tormenta. Cayó más fuerte dentro de las montañas que aquí y yo sabía que estaban allá metidos.

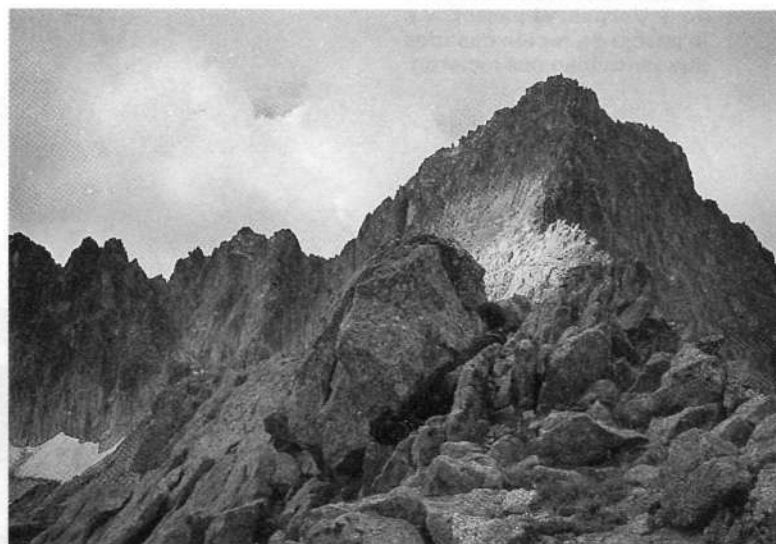
Llevaban varios días dando vueltas. Cuando llegaron ya estaban morenos por lo que deduje que habían estado subiendo montañas del Pirineo y ahora aterrizaban en

Caldas para trepar por los Besiberri. Durante todo el verano había visto desfilar escaladores y ellos, por el material que sacaban y metían en las mochilas, daban la talla.





**Borda del pastor
en el valle de Besiberri.**



Besiberri Norte.

Anduvieron vagueando, mirando el cielo y hablando del tiempo, se les notaba en la cara, durante tres días. Nada más llegar se les había truncado el azul de muchos ayeres por unos nubarrones espesos y negruzcos. La primera noche cayeron rayos y fué cuando decidieron no salir, conclusión a la que llegué porque antes de acostarse habían dejado todo preparado y luego se metieron en un agujero de los que hay debajo del balneario, en uno de esos barracones que todavía quedan de la obra en el parque, junto al río.

Me gustó mirarlos. Así me sentí menos sola en este edificio lleno de gente mayor y malhumorada. Hubiera dado algo por estar con ellos abajo y acompañarlos al día siguiente ¡hala! con el mochilón para adentro. Allí, sumergida, libre, tranquila, habría hecho amigos jóvenes y sanos.

Pero tuve que conformar con estudiarlos. Observándolos se me pasaron las horas lentas y rápidas, según, por lo que pude sacar, a ellos también se les pasaba despacio. Hablaban, miraban al cielo y luego paseaban. Una tarde recogieron frambuesas y miraron plantas.

El tiempo era incierto, la verdad, pero podrían haber subido al refugio que hay en la base del primero de los Besiberri. He estado una vez en él, antes del accidente. Es un refugio como pocos en Pirineos. Tiene mucha madera y el ambiente que ofrece es íntimo y cálido. Además, con tormenta, tiene que ser impresionante estar dentro.

Pues por eso mismo no subimos, chavala, por la tormenta. Ahora igual iría hacia allá para vivir una noche lúgubre y árida en esa casita, pero me entró la obsesión de la posibilidad de que cayera un rayo. No sé, es de esos temores extraños que desconoces de dónde salen. De todas formas tienes razón, creo, y una noche de tormenta allá tiene que ser fantástica.

... ..

Creo que fueron dos días de vagar por los alrededores hasta que por la mañana se cargaron las mochilas con material y salieron. Siguieron el lago, lo bordearon y las figurillas de colores saltones se fueron haciendo diminutas. Les quedaba un montón si pretendían hacerlo todo en una jornada, intención que delataba el que llevasen sólo frutos secos y no metieran los sacos de dormir.

... ..

Esas eran nuestras intenciones, desde luego. Y es verdad que es una paliza subir los Besiberri desde Caldas de Bohí de una tirada. Es preferible hacer noche en el refugio.

Subimos mucho y tardamos un rato largo en llegar al primero de los montes. Me parecía que ya habíamos hecho cresta y todavía estábamos en el pico Norte. Nos lo habían confirmado unos catalanes que descasaban en la cima.

—¿Váis a continuar?
—Pues claro.
—Yo como vosotros me bajaba. Pronto empezará la tormenta.
—¿Te parece? Puede que aguante.
—No. No creo. Es mejor prevenir, que esas nubes no traen nada bueno.

... ..

Por la tarde oí muchos truenos procedentes de los Besiberri. Luego clareó, pero tardó un poco en calmarse. Se hacía insostenible estar aquí metida y jugué a imaginarme por dónde andarían. ¿Estarán en el refugio? Si no tienen ni saco. Cuando yo estuve ya vi mantas. ¡Ah! bueno. ¿Y si están en la cresta? Habrán bajado, pero, a ver, por dónde...

... ..

Pasé una tarde tranquila y adormilada. Me aburría mucho leer. Mirar las montañas había dejado de decirme nada. Estaba inquieta por los muchachos.

Mientras tú te imaginabas por dónde estaríamos, nosotros nos encontrábamos en uno de los momentos que siempre se recuerdan, gusta contar y aburre al que nos escucha.

Andar por la cresta de los Besiberri, poco a poco, paulatinamente, se iba haciendo una gozada. El placer de conectar con la roca. Eso es. Sin ser muy difícil, tiene su encanto, un encanto que sólo en esta cresta he sentido.

Pronto se despidió el placer para volverse un susto. Un trueno. Rápido. Había que buscar la bajada.

Y la encontramos sin saber si se podía bajar; descendíamos corriendo sin percatarnos de la dificultad, igual eran terceros o cuartos. Daba lo mismo. Una arruga en la montaña bastaba. Llovía un poco.

La Naturaleza se presentó retadora, elegante, poderosa, cruel. En el valle se veían de otra forma los hilos de luz quebrada y su enorme vozarrón. Era tremendo.

Sin embargo, lo más tremendo fue salir al otro lado de la montaña. Buscábamos desesperadamente el refugio. Subimos, bajamos, sudamos y nos enfadamos más que nunca con el monte. Estábamos a tope de nuestras fuerzas, a tope.

Al cabo de unas horas de búsqueda vimos un valle. La forma de los lagos, eso es.
—«Esa forma es igual que la del mapa, ¿no te parece?»

—«Uhhmm...»
—«Mira, si pones así se ve igual igual.»
No estábamos muy convencidos, pero bajamos al valle. Aquella tranquilidad, aquel aire silencioso después de que en otros valles, no sé cuantos recorrimos, la agresividad había sido la protagonista, aquella paz que nos proporcionó un bienestar insólito.

La sensación fue tan nueva como inolvidable. Un lago. Montones de ovejas. Personas. Dos tiendas. ¿Dónde demonios estábamos?

La montaña la teníamos al otro lado. O sea, vamos a ver, cuando subíamos la travesía se hacía de derecha a izquierda. El Norte estaba a la derecha y ahora es el Besiberri Sur el que está a la derecha.

En el valle se nos apareció el ángel de la guarda.

—«¿Dónde estamos?»

—El chico, que era rubio y guapo, se quedó extrañado de la pregunta.

Sacó mapas y llamó a la persona que estaba con él. Salió de la tienda una chica rubia, de pelo largo y piel lisa. Entre los dos nos orientaron.

—«Y ¿qué hacemos ahora? Si no tenemos ni saco ni ná»

—«Nuestra tienda es pequeña. El pastor. Puede que él os deje dormir en su cabaña.»

—«Hombre, pobre pastor. Encima.»

Entre todos improvisamos una cena de grupo muy casta, de esas en las que se disfruta porque se está bien. Nosotros, con unas tristes almendras y unas ciruelas pasas

escurridas, ellos con sopa de sobre y el pastor con patatas, pan y un vino exquisito de su propia cosecha.

Alegría y buen ambiente. La cabaña del pastor era auténtica. Paraíso de cualquier folklórico que va de visita. Una maravilla. Me excitaba estar allí, vivirlo de verdad.

Charlamos. Nos contó cómo se las arreglaba con las ovejas, cómo se las arreglaba consigo mismo, cuánto tiempo pasaba en las montañas. El vino corría y al pastor le gustaba que apreciásemos sus cosas. El agujero entre piedras era confortable, excesivamente confortable para nosotros que pensábamos pasar la noche a la intemperie y sin saco.

La pareja se fue pronto y nosotros nos quedamos con él. Seguimos hablando y hablando. El debía quedarse de guardia porque venían a buscar las ovejas al día siguiente y había que enseñarlas todas juntas. Un millar largo.

Ya me gustaría saber qué han hecho estos porque no han venido del monte. Ha sido por la carretera y en coche.

Al día siguiente habíamos quedado con la pareja. Nos enteramos, entonces, de que estaban recién casados, de que habían ido a Dolomitas de viaje de novios y que tenían que volverse ese mismo día ya que era domingo, a Barcelona.

Uno de los más oportunos favores que he recibido. Porque aquello sí que era estar colgados. No teníamos otra opción. O atravesar los Besiberri y bajar por la otra cara, cosa que yo no estaba dispuesta a hacer, o ir hasta la carretera y hacer dedo hasta Caldas. Ellos nos llevaron en su coche no sólo hasta la desviación para Caldas, sino que nos subieron hasta el balneario.

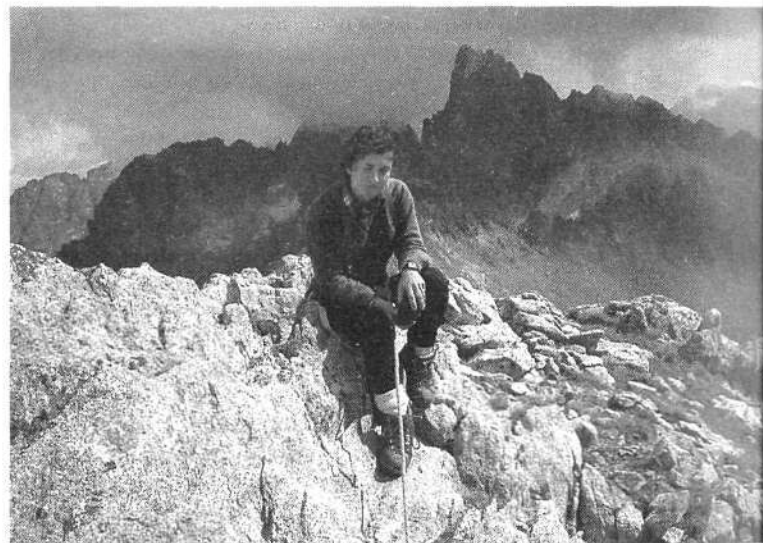
La sencillez de la pareja nos dejó atollados. El tenía una voz hermosísima y era presidente de un club. Ella era la secretaria. Mis sobrinos los habrían creído personajes de cuento.

Se han dado la mano y la pareja se ha ido. Luego ellos han organizado su coche, que parecía recién salido de una pelea, y han arrancado. Hasta San Sebastián, seguro, por su aspecto y por la matrícula.

En el Besiberri Norte.



Arriba:
En la cresta del
Besiberri Norte.



Abajo:
Desde los Besiberris
hacia el Estany de Mar.

